

21 de junio de 2026 – 12.º Domingo del Tiempo

Ordinario

Jer 20,10–13; Rom 5,12–15; Mt 10,26–33

Hilo conductor: «Del miedo a la confianza en Dios, y de la confianza a un testimonio valiente y lleno de luz».

Jesucristo, que quita nuestro miedo y en quien podemos poner nuestra confianza—¡que su cercanía y su fuerza estén con ustedes!

INTRODUCCIÓN

Un hombre se perdió una vez mientras caminaba por un terreno desconocido. Al acercarse la tarde, la ansiedad comenzó a crecer. El sendero parecía desaparecer, y todas las direcciones se veían iguales. Justo cuando el pánico empezaba a apoderarse de él, notó una pequeña luz en la distancia—la ventana de una cabaña. Esa luz no eliminó inmediatamente la oscuridad a su alrededor, pero le dio dirección, esperanza y el valor para seguir caminando.

De muchas maneras, esa experiencia refleja nuestra vida. Todos encontramos momentos de incertidumbre, miedo y vacilación—sobre el futuro, sobre los demás, e incluso sobre nosotros mismos. A veces, sentimos la presión de retirarnos, de permanecer en silencio, de mantener oculto lo que más importa.

Las lecturas de hoy hablan directamente a esa realidad. Una y otra vez escuchamos las palabras de Jesús: «No tengan miedo». No porque la vida esté libre de dificultades, sino porque la luz de Dios ya está presente. Somos vistos, conocidos y profundamente valorados—más de lo que a menudo nos atrevemos a creer.

Y, sin embargo, también reconocemos cuántas veces el miedo todavía nos modela—cómo nos contenemos, permanecemos en silencio o nos escondemos de la verdad que hay en nosotros. Por eso comenzamos esta Eucaristía trayendo ante Dios nuestros miedos, nuestras faltas y nuestra necesidad de valentía, confiando en su misericordia.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesucristo,

- tú nos llamas a salir del miedo hacia la luz de la verdad y de la confianza: Señor, ten piedad.
- tú conoces nuestras luchas ocultas y nuestra resistencia a dar testimonio abiertamente: Cristo, ten piedad.
- tú permaneces fiel incluso cuando fallamos y nos llamas de nuevo: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados, y nos conduzca del miedo a la confianza, de la oscuridad a la luz, y nos lleve a la vida eterna. Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

En la presencia de Dios, el miedo da paso a la confianza, y la confianza se convierte en alabanza.

Con el corazón elevado de la preocupación al asombro, glorifiquemos al Señor: Gloria a Dios en el cielo...

ORACIÓN COLECTA

Padre amoroso,

tú nos conoces completamente y nos llamas por nuestro nombre.

En tu Hijo, nos liberas del miedo

y nos enseñas a confiar en tu cuidado constante.

Concédenos que, fortalecidos por tu gracia,

caminemos en la luz de tu verdad

y demos testimonio de tu amor con serena valentía.

Por nuestro Señor Jesucristo... Amén.

HOMILÍA

Un hombre me contó una vez que cada mañana, antes de comenzar el día, salía a su pequeño jardín con una taza de café. No era gran cosa—solo algunos arbustos, una estrecha franja de césped y un sencillo comedero para pájaros—pero más allá se elevaban altos árboles pertenecientes a los terrenos de una iglesia cercana. Y en esas ramas, casi desapercibidos a primera vista, había gorriones.

«Nada especial», dijo al principio. «Solo pájaros comunes».

Pero luego comenzó a prestar atención. Y cuando lo hizo, algo cambió. La quietud de la mañana ya no estaba vacía—estaba viva. Su movimiento, su canto, su presencia escondida en los árboles llenaban el aire de una manera que nunca antes había notado.

Y una mañana, un pensamiento silencioso vino a él, casi como una pregunta que no esperaba:

Si Dios se fija en estos pequeños y comunes pájaros... ¿será posible que también se fije en mí de la misma manera?

Esa pregunta, tan sencilla como suena, abre la puerta al Evangelio de hoy.

Jesús habla de los gorriones—tan comunes en su tiempo que casi no tenían valor económico, dos se vendían por una moneda. Y sin embargo Él dice:

«Ni uno solo de ellos cae a tierra sin que lo sepa su Padre... Ustedes valen más que muchos gorriones».

Antes de cualquier otra cosa—antes del valor, antes del esfuerzo moral, antes del testimonio—aquí es donde todo comienza: tú eres visto, conocido y sostenido por Dios. No en teoría. No vagamente. Sino personalmente, atentamente, completamente.

Y, sin embargo, incluso cuando escuchamos esto, el miedo permanece cerca de la superficie.

Una mujer confesó una vez que cada vez que las conversaciones en el trabajo se dirigían hacia la fe, ella se retiraba discretamente. No porque no creyera—sino porque no quería destacar. «Es más fácil», decía, «simplemente quedarse callada».

Esa vacilación silenciosa no es inusual. Rara vez se presenta como persecución o abierta hostilidad. Más bien es sutil: la presión de no diferenciarse demasiado, de no nombrar la fe demasiado abiertamente, de no parecer «fuera de lugar».

Y precisamente en esa experiencia humana tan común, Jesús pronuncia palabras que resuenan una y otra vez

como un latido constante:

«No tengan miedo».

No una sola vez. No de manera casual. Sino repetidamente—porque Él sabe cuán profundamente se arraiga el miedo en el corazón humano.

Pero si somos sinceros, el miedo no se refiere solo a lo que otros puedan pensar de nosotros.

Hay otro miedo—más escondido, más personal.

Un hombre dijo una vez que evitaba el silencio a toda costa. Música en el coche. Televisión de fondo. Actividad constante. Cuando se le preguntó por qué, dudó, y finalmente admitió:

«Porque cuando todo está en silencio, empiezo a ver cosas en mí que no quiero enfrentar».

Ese es un nivel más profundo del Evangelio de hoy.

San Pablo lo llama el «viejo Adán»—esa herida interior en nosotros que resiste la verdad, resiste el amor, y a menudo prefiere esconderse en lugar de sanar. Lo vemos en muchas formas: irritación que no podemos explicar, resentimiento que alimentamos en silencio, excusas que

repetimos, o simplemente el silencio cuando deberíamos hablar.

Y el instinto es siempre el mismo: controlarlo, reprimirlo, evitarlo.

Pero el Evangelio revela suavemente una verdad diferente: lo que está oculto no sana.

Por eso Cristo no solo dice «No tengan miedo» respecto a los demás.

También nos llama a la valentía dentro de nosotros mismos: la valentía de entrar en la verdad, en la luz, en la honestidad ante Dios.

Hay una historia de un hombre que luchó durante años con estallidos repentinos de ira. La mayor parte del tiempo era tranquilo, incluso amable—pero algo lo desencadenaba, y era como si otra persona tomara el control. Después venían la vergüenza, la confusión, el arrepentimiento. «No me reconozco», decía. «Es como si perdiera completamente el control».

Intentó de todo: disciplina, estrategias, autocontrol, incluso evitar ciertas situaciones. Nada duraba.

Hasta que un día, casi sin emoción dramática, rezó una oración muy sencilla:

«Señor, sé el Señor de mi vida».

En ese momento, parecía que nada ocurría.

Pero algo había comenzado.

Meses después, quienes lo rodeaban notaron el cambio antes que él mismo. La ira seguía en el recuerdo, pero ya no en el poder. Ya no lo dominaba.

Y cuando reflexionó sobre ello más tarde, dijo algo sorprendente:

«Era como si algo viejo en mí se hubiera retirado—y algo nuevo hubiera ocupado su lugar en silencio».

Eso es lo que san Pablo quiere decir cuando habla de Cristo como el «nuevo Adán».

La vida cristiana no consiste principalmente en esforzarse más en la oscuridad.

Se trata de abrir la puerta a la luz—y dejar que Cristo ocupe su lugar.

Porque la oscuridad no desaparece por la fuerza.

Desaparece cuando entra la luz.

Y, sin embargo, incluso cuando algo cambia dentro de nosotros, queda otro paso: el paso hacia afuera.

Una cosa es creer en Cristo en privado. Otra es mantenerse con Él abiertamente.

Un joven pastor estaba temblando antes de predicar. La policía secreta estaba en la iglesia, escuchando atentamente cualquier cosa que pudiera usarse contra él.

«Tengo miedo», susurró a un sacerdote mayor a su lado.

El sacerdote respondió en voz baja:

«Yo tengo más miedo de no predicar—porque Dios está aquí».

Ese momento se convierte en un punto decisivo en el Evangelio.

Porque cuando Dios se vuelve más real que el miedo a la opinión humana, algo cambia. El miedo no desaparece—pero pierde su autoridad.

Sin embargo, el Evangelio no es ingenuo acerca de nosotros.

No siempre tenemos éxito en esta valentía.

Pedro no lo tuvo.

En el momento decisivo, cuando llegó la presión, negó a Jesús—no una vez, sino tres veces. El miedo habló más fuerte que la fe.

Y sin embargo—ese no fue el final de su historia.

Pedro lloró. Volvió. Fue restaurado. Y Jesús volvió a confiar en él:

«Apacienta mis ovejas».

Esto es profundamente importante.

Porque nos dice algo esencial: el fracaso no es definitivo.

El miedo no tiene la última palabra.

Siempre hay un camino de regreso a la luz.

Permítanme ofrecer una última imagen.

Imaginen una habitación oscura. Intentan expulsar la oscuridad—abren puertas, la agitan, luchan contra ella.

Nada cambia.

Entonces encienden una pequeña vela.

Al principio parece casi insignificante. Pero lentamente, en silencio, la oscuridad comienza a retirarse—no porque

haya sido derrotada, sino porque ha sido superada por la luz.

La luz no lucha contra la oscuridad.

Simplemente entra.

Y la oscuridad no puede permanecer donde hay luz.

Y así volvemos una vez más al jardín.

A los gorriones.

A la verdad silenciosa, casi escondida, que recorre todo lo de hoy:

Tú eres visto.

Tú eres conocido.

Tú eres sostenido.

Desde esa confianza, algo comienza a crecer.

El miedo afloja su dominio.

El corazón se abre.

Y poco a poco, suavemente, una forma diferente de vida se hace visible.

No ruidosa. No forzada. No dramática.

Pero real.

Y claramente llena de luz.

Así permanece el Evangelio—sencillo, fuerte y profundamente personal:

No tengan miedo.

No de los demás.

No de ustedes mismos.

No de su futuro.

Porque ustedes están sostenidos.

Y lo que es sostenido por Dios ya no puede perderse en la oscuridad.

Y lo que ha sido tocado por la luz ya no puede permanecer oculto. Amén.

INVITACIÓN AL CREDO

Dios nos ve más profundamente de lo que nosotros nos vemos a nosotros mismos, y nos llama del miedo a la fe.

Con confianza en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, profesemos nuestra fe:
Creo en un solo Dios...

PROFESIÓN DE FE ALTERNATIVA (para meditación personal)

Creo en Dios, que nos da un futuro, que llevará la historia de la humanidad, la vida de cada persona y toda la creación a su plenitud buena.
Creo en Jesucristo, que vendrá de nuevo para completar el Reino de su Padre y llevarnos a casa.
Creo en el Espíritu Santo, que busca sembrar alegría, amor, esperanza y confianza en nuestros corazones.
Creo en la comunión de los santos, en la gran familia de todos los hijos de Dios en el cielo y en la tierra, unidos en la fe, la esperanza y el amor. Amén.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, confiando en Dios que ve incluso al más pequeño gorrión, ofrezcamos nuestras vidas con confianza y valentía, y que nuestro sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Dios amoroso,
recibe estos dones que te presentamos.
Transforma nuestro miedo en confianza
y nuestra vacilación en testimonio fiel,
para que nuestras vidas reflejen la luz de Cristo.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque tú nos conoces a cada uno más profundamente de lo que nos conocemos a nosotros mismos, y tu cuidado se extiende incluso a la más pequeña de tus criaturas.
En tu Hijo, nos has llamado a salir del miedo hacia la libertad de la confianza y la valentía de la verdad.
Cuando estábamos perdidos en la oscuridad, nos diste luz.

Cuando estábamos en silencio por miedo, nos invitaste a dar testimonio con amor. Y así, con los ángeles y los santos, proclamamos tu gloria diciendo:

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Reuniendo todos nuestros miedos, esperanzas y confianza en una sola oración,
y seguros de que estamos sostenidos por el cuidado del Padre, nos atrevemos a decir:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males,
y líbranos de los miedos que cierran nuestro corazón.
Concédenos la paz en nuestros días,
para que, confiando en tu amoroso cuidado,
vivamos como testigos de tu luz,
mientras esperamos la feliz esperanza
y la venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,

tú te presentas en medio de tus discípulos llenos de miedo y dices: La paz esté con ustedes.

Míranos a nosotros, que tantas veces vivimos con miedo— miedo de los demás, del fracaso, del futuro y de lo que hay dentro de nosotros.

Mira también a tu Iglesia, a menudo vacilante y temerosa, y sin embargo llamada a ser signo de tu valentía y de tu paz en el mundo. Entra en ese miedo con tu luz.

Sana lo que está dividido en nosotros, y libera nuestro corazón de lo que nos detiene.

Danos no una paz frágil basada en la seguridad o la aprobación,

sino la paz profunda que nace de saber que somos amados y sostenidos por el Padre.

Y haznos instrumentos de esa paz—

libres del miedo y dispuestos a un testimonio fiel.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,

que nos conoce, nos llama y nos conduce del miedo a la confianza. Dichosos los invitados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Hemos recibido a Cristo, que nos conoce completamente y, sin embargo, no se aparta de nosotros.

Y de nuevo Él habla en silencio dentro de nosotros: No tengan miedo. No porque la vida esté libre de miedo, sino porque ya no estamos solos en él.

Lo que hemos recibido es más fuerte que el miedo: la vida y la luz de Cristo dentro de nosotros.

Y así salimos de esta Eucaristía no como personas que han dominado el miedo, sino como personas que están sostenidas. Eso lo cambia todo—

cómo hablamos, cómo actuamos, cómo confiamos.

Y paso a paso,

el miedo pierde su dominio,

y la luz comienza a guiar nuestro camino.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Dios amoroso,
nos has alimentado con el Cuerpo de Cristo
y nos has fortalecido con tu presencia.
Ayúdanos a vivir lo que hemos recibido:
a confiar más profundamente, a temer menos,
y a dar testimonio de tu amor en nuestra vida diaria.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Dios que te conoce y te ama
te libere de todo miedo.
Que Cristo, la luz del mundo,
brille en tu corazón y guíe tus pasos.
Que el Espíritu Santo te conceda valentía
para vivir y dar testimonio con confianza.
Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz,
y no tengan miedo de dejar que la luz de Cristo se vea en
sus vidas.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Vales más que muchos gorriones.
Vive esta semana no desde el miedo—sino desde la
confianza.

22 de junio de 2026 – Lun., 12ª Semana del Tiempo

Ordinario

Santos Juan Fisher y Tomás Moro

2 Re 17,5-8. 13-15. 18; Mt 7,1-5

Hilo conductor: *Visión clara a través de corazones humildes*

INTRODUCCIÓN

Un hombre se presentó una vez en un tribunal convencido de que había sido perjudicado. Hablaba con seguridad, describiendo con detalle la falta de otra persona. Solo más tarde se descubrió que había malinterpretado lo que vio; lo que él pensaba que era culpa, en realidad era un accidente. Su seguridad había nublado su visión.

Hoy la Iglesia recuerda a los santos Juan Fisher y Tomás Moro, dos hombres que se negaron a doblegar su conciencia bajo presión. No fueron hombres rápidos para juzgar a otros, sino hombres que insistieron en ponerse primero ante la verdad de Dios tal como la entendían, incluso a costa de sus vidas.

Las lecturas de hoy repiten ese mismo llamado a la

claridad. En el segundo libro de los Reyes, la caída de Israel está vinculada a su negativa a escuchar y a su alejamiento del Señor. En el Evangelio, Jesús usa una imagen aguda y casi humorística: la persona que tiene una viga en su ojo intentando sacar una astilla del ojo de otro. Ante Dios, somos invitados a esa misma honestidad. Como Fisher y Moro, se nos pide no vivir de ilusiones o acusaciones, sino de la verdad—comenzando por la verdad sobre nosotros mismos.

Reconozcamos ahora con qué frecuencia nuestra visión se ve nublada por el orgullo y el malentendido, y cuán rápidamente juzgamos a los demás mientras permanecemos inconscientes de nuestra propia ceguera.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos llamas a la humildad de corazón y a una visión clara: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú revelas la verdad que sana en lugar de condenar: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos liberas de las vigas que distorsionan nuestra visión: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, que tantas veces confundimos nuestros propios juicios con tu verdad, y perdone las veces en que hemos mirado a los demás con ojos empañados y seguros de sí mismos.

Que él sane lo que está distorsionado en nosotros, quite las vigas que bloquean nuestra visión de nosotros mismos, y nos conduzca, como a los santos Juan Fisher y Tomás Moro, a una conciencia arraigada no en el orgullo o el miedo, sino en la verdad sincera ante él. Y así, libres de la ceguera del corazón, nos lleve a la vida eterna.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, luz de los que caminan en tinieblas y maestro del corazón humilde, concédenos vernos con verdad delante de ti, para que, libres de la ilusión y del orgullo, podamos mirar a los demás con la misma misericordia que buscamos de ti.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Una mujer bromeó una vez diciendo que finalmente entendió el Evangelio de hoy cuando limpió bien sus gafas de lectura. “Pasé la mitad del día molesta con todos los demás,” dijo, “hasta que me di cuenta de que los estaba viendo a través de una capa de manchas.” La imagen de Jesús de la viga y la astilla tiene ese mismo humor discreto, pero encierra una verdad seria: a menudo interpretamos mal a los demás porque todavía no nos hemos visto con claridad a nosotros mismos.

Aquí es donde el mensaje de los santos Juan Fisher y Tomás Moro habla con tanta fuerza. Vivieron en un tiempo de fuertes acusaciones y divisiones. Sin embargo, ninguno de los dos construyó su vida sobre la condena de los demás. Más bien, examinaron su propia conciencia ante Dios y eligieron mantenerse firmes en la verdad tal como la entendían. Su grandeza no estuvo en juzgar a otros, sino en negarse a perder de vista a Dios mientras tanto a su alrededor se distorsionaba.

La primera lectura del segundo libro de los Reyes muestra

lo que sucede cuando un pueblo pierde esa claridad interior. Dejan de escuchar, dejan de reflexionar y comienzan a vivir como si solo ellos pudieran ver correctamente. Jesús advierte contra esa ilusión. “Saca primero la viga de tu propio ojo”, dice—no para humillarnos, sino para sanar nuestra visión.

Y aquí está el verdadero desafío: es más fácil corregir a los demás que corregirnos a nosotros mismos. Sin embargo, el Evangelio nos invita a un orden diferente—primero ponernos ante Dios, luego ante nosotros mismos, y solo entonces mirar a los demás. Cuando lo hacemos, el juicio da paso a la humildad, y la crítica poco a poco se transforma en compasión.

Un jardinero pasó una mañana arrancando con enojo las malas hierbas de la cerca de su vecino, convencido de que el vecino era descuidado. Solo más tarde se dio cuenta de que las malas hierbas se habían extendido desde su propio rincón descuidado, oculto a su vista. Fue un descubrimiento pequeño, pero cambió la manera en que miraba todo en el jardín.

El mismo descubrimiento silencioso nos espera en el Evangelio de hoy: cuando pedimos una visión más clara, no comenzamos con las faltas de los demás, sino con la misericordia que Dios ya nos está ofreciendo.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Presentemos ahora ante el Señor estos dones de pan y vino, pidiéndole a Él, que purifica el corazón, que quite de nosotros todo juicio falso y todo autoengaño, para que nuestra ofrenda sea hecha con sinceridad y verdad.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor, los dones que te presentamos con humildad de corazón, y límpianos de toda ceguera que nos impide ver tu voluntad.

Que este sacrificio nos lleve a una mayor sinceridad ante ti y nos forme como instrumentos de tu misericordia hacia los demás.

Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque has dado a tu pueblo una ley de verdad y una luz para la conciencia, y en tu Hijo Jesucristo revelas no solo los pecados que debemos abandonar, sino también la misericordia que sana aquello que no podemos ver en nosotros mismos.

En el testimonio de tus mártires, los santos Juan Fisher y Tomás Moro, nos muestras que una conciencia recta es más preciosa que la seguridad terrena, y que la verdad acogida con humildad es más fuerte que el miedo o el poder.

Por Cristo nos enseñas a quitar primero la viga de nuestro propio ojo, para que, purificados de corazón, podamos ver tu rostro en cada hermano y hermana.

Por eso, con los ángeles y los arcángeles, con los tronos y dominaciones, y con todos los coros celestiales, cantamos sin cesar el himno de tu gloria: Santo, Santo,

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Con corazones más conscientes de nuestra propia necesidad de misericordia, dirijámonos al Padre que es el único que nos enseña a ver rectamente, y con las palabras que Cristo mismo nos ha dado, oremos:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males, y concédenos corazones claros, libres de juicio y de orgullo, para que, ayudados por tu misericordia, vivamos siempre en la verdad y en la paz, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador, Jesucristo. Tuyo es el reino, tuyo el poder y la gloria, por siempre, Señor.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que nos enseñaste que un corazón humilde ve con mayor claridad que uno orgulloso, no tengas en cuenta nuestra ceguera y nuestros juicios precipitados, sino la fe de tu Iglesia, y concédele la paz y la unidad conforme a tu voluntad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que abre los ojos de los ciegos y sana los corazones que
juzgan con demasiada rapidez.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Habiendo recibido al Señor que es la Verdad misma,
somos invitados a ver de nuevo—con corazones
purificados y espíritus humildes.

En este silencio, el Espíritu Santo continúa la obra suave
de quitar lo que nos ciega,
para que podamos reconocer la presencia de Dios en los
demás sin distorsión ni temor.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que esta santa comunión, Señor,
nos purifique de todo rastro de orgullo y de malentendido,
y nos haga firmes en la humildad de corazón, para que,
viendo claramente en tu luz,
vivamos siempre en la verdad y en la caridad.

Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios, que es el único que ve con perfecta claridad,
los libere de toda ceguera que nuble su juicio sobre los
demás y sobre ustedes mismos.

Que les conceda el valor de los santos Juan Fisher y
Tomás Moro,
para mantenerse firmes en la verdad sin dureza,
y vivir con una conciencia formada en la humildad ante Él.
Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, con corazones humildes y ojos
iluminados por la luz de Cristo.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Solo un corazón humilde ve a los demás como realmente
son—y se ve a sí mismo como Dios, con amor, se lo
revela.

23 de junio de 2026 – Martes, 12ª Semana del Tiempo Ordinario 2 Re 19,9-11. 14-21. 31-36; Mt 7,6. 12-14

Hilo conductor: «Elegir el camino de Dios significa pasar del centrarse en uno mismo a una confianza y un amor que dan vida.»

INTRODUCCIÓN

Una maestra dio una vez a sus alumnos un ejercicio sencillo: escribir una cosa que cambiarían del mundo si pudieran. Muchos escribieron sobre la paz, la justicia o la bondad. Un niño escribió solamente esto: «Cambiaría lo rápido que las personas se rinden unas con otras». La maestra guardó esa hoja durante años, diciendo que contenía más sabiduría que muchos libros.

A menudo notamos cuán rápidamente puede erosionarse la confianza—en las familias, en las comunidades, incluso en las naciones. En la primera lectura de hoy, el rey Ezequías se enfrenta a una amenaza abrumadora, y sin embargo, en lugar de ceder al miedo o a la desesperación, se vuelve a la oración. Presenta la situación ante Dios en vez de permitir que el pánico determine su respuesta.

Esa misma pregunta nos acompaña silenciosamente cada día: ¿dónde ponemos nuestra confianza cuando las cosas están fuera de nuestro control, y cómo decidimos qué vale la pena conservar y qué debe ser dejado?

Al reunirnos para esta Eucaristía, reconocemos esos momentos en que hemos confiado demasiado poco, hemos juzgado con demasiada rapidez o hemos elegido el camino más fácil en lugar del que da vida. Pedimos al Señor misericordia y la gracia de caminar más fielmente en sus caminos.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos llamas a pasar del centrarnos en nosotros mismos a una confianza que da vida en la voluntad de Dios: Señor, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos enseñas a ver nuestras propias faltas antes de juzgar a los demás: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos conduces por la puerta estrecha que lleva a la vida: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros y perdone nuestros pecados. Y al presentarnos ante Él, muchas veces tentados por caminos más fáciles y juicios apresurados, nos libere del egoísmo y del miedo, y nos fortalezca para caminar por la senda estrecha de la verdad, la confianza y el amor que conduce a la vida. Y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, fortaleza de los que ponen en ti su confianza, tú guiaste a Ezequías en su angustia y a Abraham en su camino de fe:
concédenos un corazón que no ceda al miedo ni al interés propio,
sino que aprenda a caminar por la senda estrecha de tu sabiduría con valentía y amor.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un alpinista llegó una vez a una bifurcación en un sendero de alta montaña. Un camino era ancho, muy transitado y tranquilizador; el otro era estrecho, empinado e incierto, apenas visible entre las rocas. El guía simplemente dijo: «El camino más ancho es más seguro—pero no llega a la cumbre». El alpinista dudó y luego eligió el sendero estrecho.

Las palabras de Jesús hoy son muy semejantes: «Entren por la puerta estrecha». Él no disimula el hecho de que su camino exige atención, disciplina y valentía. No es la ruta más popular, pero es la que conduce a la vida. No todo lo que es fácil es bueno, y no todo lo difícil debe evitarse.

Las reflexiones profundizan esto. Existe una tentación constante de juzgar duramente a los demás mientras nos excusamos a nosotros mismos. La imagen de Jesús de la mota y la viga es casi humorística—pero dolorosamente verdadera. La visión clara comienza no corrigiendo a otros, sino con un examen sincero de uno mismo. Solo

entonces podemos caminar juntos sin orgullo ni resentimiento.

Esto es especialmente importante cuando la vida está en transición. Abraham, llamado a los setenta y cinco años, emprende un camino que nunca había planeado. Va «como el Señor le dijo». La fe no es estática; es un movimiento hacia lo desconocido. También las comunidades están llamadas a tales caminos, aprendiendo la paciencia unos con otros a lo largo del recorrido.

La «regla de oro» de Jesús—tratar a los demás como quisiéramos que ellos nos trataran—nos recuerda que el discipulado es práctico y relacional. Nos pide ponernos en el lugar del otro antes de actuar. Esa sencilla imaginación moral puede transformar familias, parroquias y sociedades.

Sin embargo, Jesús también advierte: no arrojen perlas a los cerdos. No todo lo sagrado debe exponerse donde no puede ser recibido. Se necesita sabiduría para saber cuándo hablar y cuándo guardar silencio, cuándo ofrecer y

cuándo reservarse. El discipulado no es solo generosidad—es discernimiento.

Aquí el hilo conductor se vuelve claro: elegir el camino de Dios significa pasar del centrarse en uno mismo a la confianza y al amor. La puerta estrecha no es una restricción, sino una libertad de aquello que distorsiona el amor y nubla el juicio.

San José Cafasso, cuyo ministerio silencioso sirvió a los presos y a los marginados, comprendió bien esto.

Acompañó a quienes estaban atrapados por su pasado, ayudándolos a redescubrir el camino estrecho que conduce a la misericordia y a una vida nueva.

Así, la pregunta sigue siendo personal: ¿qué puerta estoy eligiendo hoy—la costumbre o la conversión, la facilidad o la verdad, la autojustificación o la gracia?

Una tarde, un joven médico se encontraba ante dos oportunidades de trabajo. Una era cómoda y bien remunerada en una ciudad conocida; la otra era en una zona rural pobre donde faltaban servicios básicos y donde se necesitaba ayuda urgente. Tras mucha reflexión, eligió

la segunda. Años después decía: «Pensé que estaba renunciando a algo. En realidad, estaba descubriendo para qué vivía».

Esa es la sabiduría silenciosa del Evangelio: la puerta estrecha no es la pérdida de la vida, sino su comienzo.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al presentar estos dones, pidamos al Señor que purifique nuestras intenciones, para que lo que ofrecemos no provenga de la costumbre o de la conveniencia, sino de corazones que buscan el camino estrecho del amor y la confianza verdaderos.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, recibe las ofrendas que te presentamos, y transfórmalas en el sacramento del amor entregado de tu Hijo.

Que este sacrificio nos fortalezca para elegir tu voluntad por encima de nuestra propia comodidad y para caminar fielmente por el camino que conduce a la vida. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque no abandonas a tu pueblo en el miedo ni en la incertidumbre,
sino que lo llamas a confiar en ti incluso cuando el camino es estrecho y poco claro.

Guiaste a Abraham hacia un futuro que aún no podía ver,
y sostuviste a Ezequías cuando todo parecía perdido.
En tu Hijo Jesucristo nos has mostrado el camino de la vida,

no por la facilidad o la popularidad, sino por la verdad, el amor y el valor de la cruz.

Por Él nos enseñas a discernir con sabiduría, a juzgarnos con honestidad,

y a caminar unos con otros en paciencia y misericordia.

Por eso, con los ángeles y los santos, te alabamos sin cesar diciendo: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Jesús nos enseña que la puerta estrecha no se cruza con orgullo ni autosuficiencia, sino con la confianza en el Padre que conoce nuestras necesidades antes de que las expresemos.

Confiado en su cuidado, y buscando la sabiduría para tratar a los demás como queremos ser tratados, nos atrevemos a decir:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males, y concédenos la libertad de elegir tus caminos por encima de nuestra propia comodidad, para que, protegidos de la ceguera del egoísmo y guiados por tu sabiduría, podamos caminar con seguridad por el sendero estrecho que conduce a la vida.

Mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

Tuyo es el reino, tuyo el poder y la gloria por siempre, Señor.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú eres el Camino que nos conduce a través de lo estrecho y exigente hacia la paz del Reino. No tengas en cuenta nuestras vacilaciones ni nuestros corazones divididos, sino la fe que tú mismo despiertas en nosotros;

y concédenos bondadosamente a tu Iglesia la paz que nace de confiar plenamente en ti, para que, libres del miedo y de la rivalidad, aprendamos a caminar juntos en el amor. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que nos llama a salir del miedo y del egoísmo hacia la libertad de su amor.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Habiendo recibido el Cuerpo de Cristo, somos fortalecidos no para el camino fácil, sino para el verdadero.

El Señor nos alimenta para que elijamos la confianza en

lugar de la ansiedad, la verdad en lugar de las apariencias y el amor en lugar del interés propio.

Cada Comunión se convierte en una invitación silenciosa a atravesar nuevamente la puerta estrecha.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con este don sagrado, te pedimos humildemente, Señor, que aquello que tu Hijo nos mandó hacer en memoria suya modele nuestras decisiones diarias y nos guíe con tu sabiduría, para que caminemos siempre por el camino que conduce a la vida. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

El Señor los bendiga y los guarde.

Que transforme sus corazones del miedo en confianza, y los guíe siempre por el camino de su sabiduría.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, eligiendo el camino estrecho de la confianza y del amor, y glorifiquen al Señor con su vida.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La puerta estrecha no es una limitación de la vida, sino el comienzo de vivir verdaderamente en la confianza y el amor de Dios.

24 de junio de 2026 –

Miércoles. Natividad de San Juan Bautista

Is 49,1-6; Hch 13,22-26; Lc 1, 57-66.80

INTRODUCCIÓN

Una joven pareja en una sala de maternidad se preparaba para registrar a su hija recién nacida. La abuela insistía en un nombre tradicional de la familia, uno llevado por generaciones. Pero los padres ya habían elegido algo diferente: “Esperanza”. La habitación se llenó de tensión: discusiones sobre identidad, pertenencia y expectativas llenaban el ambiente. Al final, los padres mantuvieron en silencio su decisión, convencidos de que el nombre expresaba algo más profundo que la costumbre.

Hoy la Iglesia celebra la Solemnidad de la Natividad de San Juan Bautista. Su mismo nombre fue un momento de conflicto y de revelación. Los vecinos y parientes esperaban continuidad —“Zacarías” habría sido la elección natural— pero Dios ya estaba introduciendo algo nuevo: “Juan”, que significa Dios es misericordioso. En él se estaba escribiendo un nuevo capítulo de la historia de la

salvación, uno que iría más allá de las expectativas familiares para señalar la iniciativa divina.

La vida de Juan el Bautista es inseparable de su misión: preparar el camino del Señor, hacerse a un lado para que Cristo pudiera ser visto con mayor claridad. Como dijo el santo de hoy acerca de Jesús: “Es necesario que Él crezca y que yo disminuya”. Juan se convierte en la voz que señala, el testigo que dirige la atención lejos de sí mismo hacia la presencia salvadora de Dios en Cristo.

La pregunta que se plantea en el Evangelio de hoy — “¿Qué llegará a ser este niño?”— no se refiere solo a Juan. Se dirige silenciosamente también a cada uno de nosotros. ¿A qué nos está llamando Dios a ser? ¿Dónde hemos resistido la dirección de Dios porque desafiaba nuestras expectativas o nuestro control?

Al prepararnos ahora para celebrar estos sagrados misterios, reconocemos nuestra necesidad de conversión del corazón, y nos volvemos al Señor con humildad para pedirle su misericordia.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, Tú eres la Palabra por quien Dios nos llama a una vida nueva: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, Tú eres la Voz por quien el Padre revela su voluntad llena de gracia: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, Tú eres la Luz hacia la cual apuntan todos los testigos y ante la cual todos deben hacerse a un lado: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, Él que nos llama no según nuestras expectativas sino según su designio lleno de gracia. Que nos perdone por las veces en que hemos resistido su novedad, aferrándonos en cambio a lo familiar o a lo centrado en nosotros mismos, y nos conduzca a la libertad de aquellos que, como Juan el Bautista, existen para señalar más allá de sí mismos hacia Cristo. Y que nos lleve a la vida eterna. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

El nacimiento de Juan el Bautista revela a un Dios que no repite simplemente nuestras expectativas, sino que irrumpe en la historia con una sorpresa llena de gracia, dando nombre y llamando a cada vida para su propósito salvador. Con el corazón abierto a esta iniciativa divina, y alegrándonos de que el Señor prepara a su pueblo y envía su mensajero delante de Él, demos gloria a Dios que es el único que saca luz del silencio y novedad de la promesa: Gloria a Dios en el cielo...

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que suscitaste a San Juan el Bautista para preparar un pueblo bien dispuesto para Cristo el Señor, y que incluso inscribiste su nombre como signo de tu iniciativa llena de gracia, concédenos no resistir la novedad de tu obra salvadora en nuestras vidas, sino, como él, aprender a señalar más allá de nosotros mismos hacia tu Hijo que viene a crecer entre nosotros.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

En una parroquia se preparaba un bautismo en el que los padres habían elegido el nombre “Juan” para su hijo. Un familiar bien intencionado se opuso con firmeza, insistiendo en que el niño debía llevar el nombre del abuelo para preservar la tradición familiar. La discusión se volvió intensa hasta que el sacerdote de la parroquia comentó suavemente: “A veces un nombre no es solo memoria, sino misión”. La sala quedó en silencio, y los padres mantuvieron el nombre que creían haber sido inspirados a elegir.

En el Evangelio de hoy, la misma tensión se desarrolla en torno al nacimiento de Juan el Bautista. Los vecinos y parientes esperan conformidad: “Nadie en tu familia lleva ese nombre”. Sin embargo, Isabel insiste, y Zacarías confirma por escrito que el niño debe llamarse Juan — “Dios es misericordioso”—. En ese momento, el silencio de Zacarías se rompe, y comienza un nuevo canto de alabanza, porque Dios está haciendo algo nuevo en Israel. Toda la vida de Juan está contenida en ese momento de

su nombre. Él no es el centro de la historia; es aquel que señala más allá de ella. Su grandeza consiste en la transparencia: su capacidad de hacer espacio para Otro. Este es el sentido de su testimonio posterior: Cristo debe crecer, y él debe disminuir. El santo de hoy no compite con Cristo; despeja el camino hacia Él.

El hilo conductor de esta fiesta es sencillo y, sin embargo, exigente: la iniciativa llena de gracia de Dios nos llama a hacernos a un lado para que Cristo pueda ser visto con mayor claridad en nuestras vidas.

Y esto no es algo abstracto. Una joven maestra trabajaba con un alumno problemático que constantemente buscaba atención mediante la interrupción. En lugar de enfrentarlo con dureza, ella comenzó poco a poco a resaltar sus cualidades de manera discreta y constante. Con el tiempo, el alumno cambió —no porque se convirtiera en el centro, sino porque alguien le ayudó a descubrir un centro mejor que él mismo—. Más tarde dijo: “Ella hizo espacio en mí para algo mejor de lo que yo podía ver en mí mismo”.

Juan el Bautista hace algo similar, pero en una escala

mucho mayor. Ayuda a Israel —y a nosotros— a reconocer la presencia de Cristo ya entre nosotros. Él es el amigo del Esposo, no el Esposo; la voz, no la Palabra; la lámpara, no la Luz.

Y así volvemos a la pregunta que resuena en su nacimiento y en nuestras propias vidas: ¿Qué llegará a ser este niño? La respuesta no está escrita de antemano. Se va desplegando en la medida en que nosotros, como Juan, permitimos que nuestra vida señale más allá de nosotros mismos hacia Cristo, que es quien da la verdadera dirección a la vida.

Un agricultor se encontraba una vez al borde de su campo al atardecer, observando cómo la luz se desvanecía sobre la tierra. Murmuró para sí: “El sol se está poniendo, pero la cosecha está por venir”. Juan el Bautista vivió toda su vida como ese horizonte —desvaneciéndose, sí, pero solo para que una Luz mayor pudiera surgir.

INVITACIÓN AL CREDO

El nombre de Juan nos recuerda que nuestras vidas no se escriben por sí mismas, sino que son recibidas como vocación del Dios que nos llama por gracia. Al prepararnos para profesar la fe de la Iglesia, lo hacemos conscientes de que, como Juan, no somos el centro de la historia, sino testigos de Aquel que viene después de nosotros y, sin embargo, está antes que nosotros. Fortalecidos por esta fe, profesemos ahora juntos el misterio de nuestra salvación: Creo en un solo Dios...

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al presentar estos dones en el altar, recordemos a Juan, que ofreció toda su vida no como afirmación de sí mismo, sino como testimonio. Que también nosotros aprendamos a poner ante Dios no nuestra necesidad de reconocimiento, sino nuestro deseo de servir a su designio lleno de gracia. Oremos.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor, las ofrendas que te presentamos en la fiesta de San Juan el Bautista, y concédenos que, libres de la necesidad de ponernos en el centro, lleguemos a ser verdaderos testigos de tu Hijo, que es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque en el nacimiento y en la misión de San Juan el Bautista revelas el misterio de tu iniciativa llena de gracia, que precede a toda expectativa humana y transforma toda identidad humana. Antes de que pronunciara una palabra, ya le habías dado un nombre; antes de que realizara un signo, ya le habías confiado una misión. En él, la resistencia de las costumbres humanas cede ante la sorprendente libertad de tu plan salvador.

Lo formaste no como el centro de la historia, sino como su

umbral; no como la luz misma, sino como la voz que prepara los corazones para recibir la Luz. Y aun en su silencio y humildad, lo hiciste profeta que enseña a tu pueblo que la verdadera grandeza no se encuentra en la afirmación de sí mismo, sino en hacer espacio para que tu Hijo crezca entre nosotros.

Y por eso, con los ángeles y los santos, te alabamos sin cesar, diciendo:

Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

El Padre que dio a Juan su nombre como signo de su gracia también nos llama a cada uno por nuestro nombre a una misión que es mayor que nosotros mismos. Confiando en que solo su voluntad da la verdadera dirección a nuestras vidas, oremos con la confianza de hijos que aprenden a hacerse a un lado para que Cristo sea más claramente visto en nosotros: Padre nuestro...

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz en nuestros días, para que, sostenidos por tu misericordia, aprendamos de Juan el Bautista a disminuir en nuestra propia voluntad y a crecer en la fe, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que enviaste a Juan como heraldo de reconciliación y de paz, no tengas en cuenta nuestras vacilaciones para hacernos a un lado, sino la fe de tu Iglesia, y concédele la paz y la unidad conforme a tu voluntad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, el mismo hacia quien Juan señaló desde el seno de su madre. Dichosos los invitados a la cena del Señor, donde la gracia no solo es anunciada, sino recibida en plenitud.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

En esta Eucaristía recibimos a Aquel que Juan anunció pero no poseyó. Como él, no estamos llamados a ser el centro, sino a volvernos transparentes: vidas a través de las cuales Cristo pueda ser visto con mayor claridad. Allí donde nos hacemos a un lado con humildad, Cristo crece en nosotros.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Te pedimos, Dios todopoderoso, que, alimentados con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo en esta fiesta de San Juan el Bautista, aprendamos, como él, a vivir no para nuestra propia afirmación, sino para la manifestación de tu gracia en Cristo. Líbranos de la necesidad de colocarnos en el centro, y forma en nosotros la humildad que permite que tu Hijo crezca en nuestros pensamientos, palabras y acciones.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que Dios, que dio a Juan su nombre como signo de su gracia, los guíe siempre a reconocer su novedad en su vida, los fortalezca para hacerse a un lado por Cristo, y los bendiga en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Vayan y anuncien no a ustedes mismos, sino al Señor que viene a crecer en todas las cosas. Demos gracias a Dios.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Juan no era la luz, sino el testigo de la Luz. Nuestra vida encuentra su sentido no en ser recordados, sino en revelar a Cristo.

25 de junio de 2026 – Jueves, 12ª Semana del Tiempo Ordinario

2 Re 24,8-17; Mt 7,21-29

Idea central: *«Escuchar a Cristo y poner en práctica su palabra construye una vida que resiste toda tormenta.»*

INTRODUCCIÓN

Un piloto describió una vez un aterrizaje nocturno en el que toda visibilidad exterior desapareció de repente. Las luces de la pista habían fallado, el clima se había cerrado, y por un momento no había nada que lo guiara excepto sus instrumentos. Más tarde dijo que lo más importante en ese momento no era cuán experimentado se sentía, sino si confiaba en los instrumentos que se había entrenado a seguir. Cuando la visibilidad desaparece, uno descubre en qué está confiando realmente.

La vida puede sentirse así a veces: momentos en que las referencias familiares se desvanecen, y lo que parecía estable de pronto se vuelve incierto. La primera lectura del segundo libro de los Reyes habla de un pueblo que enfrenta el colapso y el exilio, no por un solo mal

momento, sino porque sus fundamentos interiores habían sido descuidados con el tiempo. Lo que parece fuerte en la superficie puede fallar cuando lo que está debajo es débil. La Iglesia hoy también recuerda a san Guillermo de Vercelli (Montevergine), un hombre que buscó la estabilidad no en el éxito exterior, sino en una vida enraizada en Dios. Reunió discípulos, formó comunidades y edificó un fundamento espiritual que perduró porque no estaba centrado en sí mismo, sino en el Señor. Su vida hace eco silencioso de la invitación del Evangelio a construir sobre roca y no sobre arena.

Hermanos y hermanas, al presentarnos ante el Señor, reconocemos que a veces hemos escuchado su palabra, pero no siempre hemos construido nuestra vida sobre ella. Hemos elegido la comodidad en lugar de la profundidad, las palabras en lugar de las obras, y al hacerlo hemos permitido que se formen grietas en lo que presentamos a Dios.

Pidamos perdón por las veces en que hemos construido sobre terreno inestable en lugar de hacerlo sobre Cristo, la roca.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú pronuncias palabras que dan vida, pero no siempre las hemos puesto en práctica. Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos llamas a edificar nuestra vida sobre tu enseñanza, pero con frecuencia hemos preferido caminos más fáciles. Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú eres la roca que resiste toda tormenta, y sin embargo hemos confiado en fundamentos frágiles. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone las veces en que hemos escuchado su palabra sin ponerla en práctica, y nos purifique de todo aquello que debilita el fundamento de nuestra vida en Cristo.

Que nos libere de toda falsa seguridad
y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, fortaleza de quienes edifican su vida sobre tu
palabra, concédenos que no solo escuchemos la
enseñanza de tu Hijo, sino que la pongamos en práctica
con corazón fiel,
para que cuando surjan las tormentas de la vida,
permanezcamos firmes en Él, que es nuestro fundamento
seguro.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y
es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un pequeño pueblo costero ignoró durante mucho tiempo
las repetidas advertencias de no construir demasiado
cerca de la orilla. Las casas se veían hermosas:
luminosas, modernas, acogedoras. Durante años, nada
parecía estar mal. Pero cuando llegó una fuerte tormenta,

el mar dejó al descubierto lo que había estado oculto
durante mucho tiempo: el terreno bajo muchas de aquellas
casas había sido socavado lentamente. Lo que parecía
seguro, no lo era.

En el Evangelio de hoy, Jesús habla de manera
semejante. Una casa construida sobre roca y una casa
construida sobre arena pueden parecer iguales desde
fuera. La diferencia solo se manifiesta cuando llega la
tormenta. Lo que importa no es la apariencia, sino el
fundamento: si la vida está construida sobre escuchar su
palabra y ponerla en práctica.

Hay una advertencia silenciosa al final del Sermón de la
Montaña: es posible llamar a Jesús «Señor» e incluso
escuchar sus palabras, sin vivirlas. La fe puede volverse
verbal, pero no real; escuchada, pero no obedecida. Y
cuando esto sucede, la vida se vuelve como arena,
incapaz de sostenerse cuando llega la presión.

Un agricultor aprendió esto de manera difícil después de
construir rápidamente un cobertizo sobre un terreno poco

profundo. Parecía perfecto, pero después de meses de lluvia, una esquina comenzó a hundirse. «Construí para el verano —dijo—, no para el invierno». Sin embargo, el discipulado no se construye para el buen tiempo, sino para las tormentas.

La tragedia del exilio en la primera lectura refleja esta misma verdad: cuando un pueblo separa el escuchar del poner en práctica, el derrumbe no ocurre de inmediato, pero llega. Lo que no está enraizado en Dios no puede perdurar en último término.

San Guillermo de Vercelli nos muestra el camino opuesto: una vida no construida sobre el éxito o la apariencia, sino sobre la fidelidad a la palabra de Dios vivida en comunidad y en la oración. Su vida refleja silenciosamente el llamado del Evangelio a edificar sobre roca.

Así queda la pregunta: cuando llegue la tormenta —y llegará—, ¿qué permanecerá en pie? Construidos sobre Cristo, permanecemos firmes cuando llegan las tormentas.

INVITACIÓN AL CREDO

Profesemos ahora nuestra fe, edificando nuestra vida sobre la verdad que creemos.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Hermanos y hermanas, al traer estos dones al altar, recordemos que el verdadero culto no está solo en las palabras, sino en vidas transformadas por Cristo. Oremos para que lo que ofrecemos se convierta en un fundamento de gracia en nosotros.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, recibe los dones que te presentamos con corazón humilde,
y transfórmanos por medio de esta Eucaristía,
para que, escuchando tu palabra y viviéndola fielmente,
seamos edificados cada vez más firmemente sobre Cristo,
tu Hijo.

Él, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque nos has hablado en tu Hijo, no solo para ser escuchado, sino para ser vivido,
y en Él nos revelas la sabiduría que ninguna tormenta puede destruir.

Él nos enseña que quienes escuchan su palabra y la ponen en práctica son como una casa edificada sobre roca,

que no se tambalea cuando soplan los vientos y golpean las aguas.

Por Él nos llamas a alejarnos de fundamentos frágiles y nos invitas a una vida arraigada en la verdad, la fidelidad y el amor.

Y por eso, con todos los ángeles y los santos, te alabamos, diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Oremos al Padre, que nos enseña no solo a escuchar a su Hijo, sino a vivir según su palabra, y como Cristo mismo nos enseñó, decimos:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz en nuestros días, para que, fortalecidos por tu palabra y firmemente edificados sobre Cristo, la roca, vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que nos enseñas que solo lo que está edificado sobre tu palabra resiste toda tormenta, no mires nuestra inestabilidad, sino la fe de tu Iglesia, y concédenos la paz en nuestros corazones, en nuestras familias y en nuestras comunidades.

Danos una paz que no sea frágil como la arena ni sacudida por el miedo,

sino enraizada en la obediencia a tu palabra y en una confianza que no se derrumba cuando llegan las pruebas. Cuando surja la confusión y los vientos de la vida pongan a prueba nuestra firmeza, mantennos constantes en cumplir lo que escuchamos de ti, para que llegemos a ser instrumentos de tu paz duradera en el mundo.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es Jesucristo, la Palabra hecha carne, el fundamento seguro sobre el cual se edifica nuestra vida. Dichosos los invitados a la cena del Señor, porque en Él encontramos la fuerza para permanecer firmes cuando llegan las tormentas de la vida.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

En esta santa Comunión, Cristo mismo se convierte nuevamente en nuestro fundamento.

Lo que hemos recibido no es solo alimento, sino fuerza para vivir su palabra.

Se nos recuerda una vez más que la fe no consiste solo en escuchar, sino en hacer—

no solo en oír en momentos tranquilos, sino en permanecer firmes cuando todo se sacude.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados por este santo misterio, te suplicamos humildemente, Señor, que por la fuerza de esta Eucaristía seamos fortalecidos para escuchar tu palabra y ponerla en práctica fielmente, de modo que nuestra vida permanezca firme en Cristo en toda prueba.

Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

El Señor fortalezca su fe, para que lo que escuchan en su palabra se convierta en vida en su camino diario.

Los haga firmes cuando lleguen las tormentas, y constantes cuando la vida sea incierta.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con su vida, y construyendo cada día sobre la palabra que han escuchado.

Demos gracias a Dios.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Aquello sobre lo que verdaderamente edificamos nuestra vida se revela no en la calma, sino en las tormentas que afrontamos.

26 de junio de 2026 – Viernes, 12ª Semana del Tiempo Ordinario

2 Re 25,1-12; Mt 8,1-4

Idea central: *“Nadie está fuera del alcance del Señor.”*

INTRODUCCIÓN

Se cuenta una conocida historia de un niño que un día se quedó de pie fuera de una sala de hospital con un cartel que él mismo había hecho: “¿Puedo regalarte una sonrisa?” Los pacientes y visitantes se detenían, algunos con lágrimas en los ojos, porque en ese pequeño gesto el niño cruzó una frontera invisible: entre sanos y enfermos, entre consuelo y sufrimiento, entre presencia y soledad. No tenía ninguna cura que ofrecer, pero ofrecía cercanía, y eso por sí solo cambió el ambiente del lugar.

El Evangelio nos presenta un encuentro muy distinto, pero con el mismo movimiento de valentía y compasión. En tiempos de Jesús, el sufrimiento físico a menudo significaba exclusión social, y la interpretación religiosa añadía capas de vergüenza y distancia. Sin embargo, en

Cristo descubrimos a un Dios que no permanece en los márgenes seguros del dolor humano.

Hermanos y hermanas, el Evangelio nos muestra a un leproso que se atreve a acercarse a Cristo, confiando en que ninguna distancia es mayor que la misericordia. Pero también reconocemos las maneras en que nosotros mantenemos distancia: de Dios, de los demás y de aquellos lugares de nuestra propia vida que sentimos indignos de sanación. Pidamos al Señor que se acerque a nosotros con compasión y que sane lo que hemos mantenido oculto.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú te acercas a aquellos a quienes otros mantienen a distancia: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú tocas lo que está herido y restauras lo que está roto: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú revelas el deseo del Padre de que nadie quede excluido del amor: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna, y nos acerque cada vez más a su Hijo, que sale al encuentro de todos los que se sienten distantes, excluidos o indignos de su amor. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que en tu Hijo revelas que nadie está fuera del alcance de tu poder sanador, y que devuelves a los excluidos a la comunión por la fuerza de tu misericordia, concédenos acercarnos a ti con corazones humildes y confiados, sin dudar nunca de tu deseo de acercarte a nosotros en nuestra necesidad.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

En el Evangelio, un leproso sale de su aislamiento y entra en el riesgo. Se acerca a Jesús con una fe que es a la vez fuerte y frágil: “Señor, si quieres, puedes limpiarme.” No es una duda sobre el poder de Cristo, sino una incertidumbre sobre su voluntad. Esa pregunta —“si quieres”— resuena en muchos corazones humanos cuando el sufrimiento se prolonga demasiado, cuando las oraciones parecen no ser escuchadas, cuando la vida se siente como exclusión.

Jesús responde no solo con palabras, sino con acciones. “Quiero,” dice, y luego hace lo que nadie más se atrevería a hacer: toca al intocable. En ese gesto, la distancia se derrumba. Lo que la ley y el miedo habían separado, la misericordia ahora lo une. La sanación no es solo la restauración de la piel, sino la restauración de la pertenencia. El excluido es devuelto a la comunión.

Aquí, las vidas de los santos Juan y Pablo, a quienes hoy conmemoramos, iluminan discretamente el mismo misterio. Vivieron en un tiempo en que la fe podía conducir

fácilmente al rechazo. Sin embargo, eligieron la cercanía con Cristo por encima de la seguridad, la fidelidad por encima de la comodidad. Su martirio no es solo una historia de resistencia, sino de negarse a permitir que el miedo definiera los límites del amor. Como el leproso, descubrieron que acercarse a Cristo nunca es respondido con rechazo.

El Evangelio revela una verdad más profunda: Jesús no administra la distancia; la elimina. No se mantiene a una distancia segura de la fragilidad humana. Entra en ella. El “si quieres” del leproso es respondido con un divino “quiero.” Y ese “quiero” continúa en cada Eucaristía, en cada oración, en cada momento en que un corazón herido se atreve a acercarse de nuevo.

La pregunta que queda no es si Cristo está dispuesto, sino si nosotros estamos dispuestos a acercarnos. Muchas formas de lepra todavía existen: la soledad, la vergüenza, el resentimiento, el pecado oculto, el miedo a no ser aceptados. Sin embargo, ninguno de estos lugares está

fuera de su alcance. El único aislamiento real es el que rechaza el contacto con la misericordia.

Se cuenta una historia impactante de un hombre que no había hablado con su padre distanciado durante más de una década. Cuando el padre enfermó gravemente, el hijo permaneció durante horas fuera de la habitación del hospital, incapaz de entrar. Finalmente, entró esperando un silencio incómodo o rechazo. En cambio, su padre simplemente extendió la mano y dijo: “He estado esperando.” Ese momento rompió años de distancia, no porque el pasado hubiera sido borrado, sino porque la presencia finalmente venció al orgullo. De manera similar, Cristo siempre está del lado del “he estado esperando.”

Y así, el Evangelio nos deja una verdad simple pero exigente: nadie está fuera del alcance del Señor, y ninguna distancia es más fuerte que su deseo de acercarse.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Queridos hermanos y hermanas, al presentar estos dones, presentamos también nuestras propias vidas, especialmente aquellos lugares que mantenemos alejados del Señor. Confiemos en que nada ofrecido con fe está fuera de su toque transformador y oremos para que nuestro sacrificio nos introduzca más profundamente en su comunión.

Orad, hermanos, para que este sacrificio mío y vuestro sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, acepta los dones que te presentamos, y por medio de ellos sácanos de todo aislamiento hacia la comunión de tu amor.

Que lo que ofrecemos con fe sea para nosotros un signo de que en tu Hijo nadie está jamás fuera de tu alcance. Por Cristo nuestro Señor.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque en tu Hijo nos has mostrado que tu misericordia no permanece distante del sufrimiento humano, sino que entra en él con poder sanador. Él no evita a los excluidos, sino que se acerca a los que son rechazados; no teme la fragilidad humana, sino que la restaura con un toque de compasión.

En Él descubrimos que ninguna herida es demasiado profunda, ninguna vergüenza demasiado grande, ninguna distancia demasiado amplia para ser alcanzada por tu amor. Y por eso, con todos los ángeles y santos, te alabamos, diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Con confianza en el Padre que se acerca a los excluidos y devuelve a los quebrantados a la comunión, oremos con las palabras que el Salvador nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz en nuestros días, para que, ayudados por tu misericordia que se acerca a toda herida humana, seamos liberados del miedo que nos mantiene distantes de ti y de los demás, y, fortalecidos por tu gracia, vivamos en la esperanza confiada mientras aguardamos la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que tocaste al intocable y devolviste al excluido la paz con Dios y con el prójimo, no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y concédele la paz y la unidad según tu voluntad. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que se acerca a toda herida humana y quita el pecado del mundo.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

En esta santa comunión hemos recibido a Aquel que no permanece distante de nuestras vidas. Cristo se acerca, no para observar nuestra fragilidad, sino para sanarla desde dentro. Lo que antes se sentía excluido ahora está acogido en su misericordia. No hay lugar en nosotros donde Él no desee habitar.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que este banquete celestial, Señor, restaure en nosotros la plenitud de la comunión contigo y entre nosotros, para que, sanados por tu presencia, nunca dudemos de que estamos dentro de tu alcance.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los bendiga y los mantenga cerca de su corazón,

que haga brillar su rostro sobre ustedes y los saque de todo lugar de aislamiento, y que vuelva su mirada hacia ustedes y les conceda la paz.

Y la bendición de Dios todopoderoso,

Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz y anunciar el Evangelio del Señor, que nadie está fuera del alcance de su misericordia.

Demos gracias a Dios.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Ningún lugar de tu vida está demasiado lejos para que Cristo entre— y ninguna persona está jamás fuera del alcance de su amor.

27 de junio de 2026 – Sábado, 12ª Semana del Tiempo Ordinario (San Cirilo de Alejandría)

Lam 2,2. 10-14. 18-19; Mt 8,5-17

Hilo conductor: *“Basta una palabra, y la distancia desaparece.”*

INTRODUCCIÓN

Una llamada de auxilio llegó una vez desde un barco pesquero atrapado en una tormenta repentina mar adentro. La tripulación no veía ningún bote de rescate en el horizonte, solo olas enormes y la luz del día que se desvanecía. Sin embargo, a través de una señal de radio entrecortada, comunicaron su necesidad. Desde la costa, el guardacostas respondió con serena autoridad: “La ayuda está en camino. Permanezcan donde están.” Horas más tarde, contra todo pronóstico, fueron llevados a salvo a casa. Lo que los salvó no fue la proximidad, sino una palabra transmitida a través de la distancia.

En muchos aspectos, nuestra vida diaria se ha familiarizado con este tipo de “distancia”. Hablamos con

nuestros seres queridos a través de pantallas, resolvemos problemas por medio de mensajes, recibimos ayuda sin presencia física. La distancia ya no es una barrera para la relación, la acción o incluso el cuidado. Lo que importa es si la palabra nos alcanza—y si confiamos en ella.

Hoy recordamos a San Cirilo de Alejandría, un gran maestro y defensor del misterio de Cristo, especialmente del poder del Verbo hecho carne. Para Cirilo, Cristo no está distante del mundo, sino que está activamente presente por medio de su Palabra divina, sosteniendo y sanando la creación. La Iglesia sigue bebiendo de su testimonio cada vez que proclamamos a Cristo como verdadero Dios y verdadero hombre—cercano a nosotros incluso cuando no lo vemos.

Al prepararnos para escuchar el Evangelio de hoy, reconocemos cuántas veces confiamos en nuestra propia certeza, en nuestro propio control y en nuestra necesidad de signos visibles. Sin embargo, el Señor nos invita a una confianza más profunda: que su palabra basta. Por las

veces en que hemos dudado de su presencia, o hemos vivido como si Dios estuviera lejos, volvamos ahora nuestro corazón y pidamos misericordia mientras nos preparamos para esta Eucaristía.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú hablas y tu palabra sana a través de toda distancia: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú revelaste la cercanía del Padre en tu carne, tendiendo un puente entre Dios y la humanidad: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú eres la Palabra pronunciada para nuestra sanación y nuestra paz: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Que Él se acerque a nosotros con el poder de su Palabra, sane lo que está herido en nosotros y disipe toda distancia que el pecado ha puesto entre nosotros y su amor, y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que en tu Hijo Jesucristo has pronunciado la Palabra que atraviesa toda distancia y sana toda separación, concédenos que, como el centurión del Evangelio, confiemos no en nuestra propia dignidad sino únicamente en el poder de tu palabra.

Al recordar a tu siervo Cirilo, que defendió el misterio del Verbo hecho carne, fortalece nuestra fe cuando parezca que estás lejos, y acércanos cada vez más por la confianza en tu presencia salvadora.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un administrador de hospital recibió una vez una llamada urgente durante la noche: se necesitaba un cirujano especialista a cientos de kilómetros para un caso crítico. No había tiempo para viajar. En su lugar, a través de una conexión de video segura, el cirujano guió al equipo paso a paso. No hubo presencia física—y sin embargo, una vida

fue salvada porque la autoridad y la confianza superaron la distancia.

Este es el mundo del Evangelio de hoy. Un centurión romano se acerca a Jesús por su siervo. Él entiende la autoridad, pero también reconoce algo mayor en Cristo: un poder que no depende de la presencia física. “Basta que digas una palabra y mi siervo quedará sano.” Jesús se maravilla: “En nadie de Israel he encontrado una fe tan grande.” Esta es la fe que confía en la palabra de Dios a través de toda distancia.

La primera lectura de las Lamentaciones da voz a quienes sienten que Dios está lejos, rodeados de pérdida y ruina. Y, sin embargo, incluso allí surge una súplica: Señor, no permanezcas distante—míranos y restáuranos. La fe comienza en esa tensión entre la ausencia que se siente y la cercanía que se espera.

San Cirilo de Alejandría nos ayuda a comprender este misterio. En Cristo, Dios ya ha atravesado la mayor de las distancias—no solo el espacio, sino la separación entre lo divino y lo humano. Si el Verbo se ha hecho carne,

entonces no hay situación que esté fuera de su alcance. La misma Palabra que sanó al siervo del centurión es la Palabra que recibimos en cada Eucaristía: “Basta una palabra y mi alma quedará sana.”

La humildad del centurión es clave. Él sabe que no tiene derecho, que no tiene el control, y sin embargo confía plenamente. Esa apertura se convierte en el lugar donde entra la sanación. La fe no consiste en acercarse a Dios mediante nuestro esfuerzo, sino en confiar en que Él ya está cerca en su Palabra.

Y así la pregunta vuelve a nosotros: ¿dónde seguimos pensando que Dios no puede llegar? El centurión nos invita a un camino distinto—uno que simplemente confía en la Palabra, y descubre que ya está actuando.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Hermanos y hermanas, confiando en que la palabra del Señor basta para santificar lo que ofrecemos, presentemos nuestros dones, seguros de que Él ya está cerca para recibirlos y transformarlos.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, acepta estas ofrendas que te presentamos con fe, así como el centurión confió en tu palabra desde lejos, y concede que lo que ponemos sobre este altar se convierta para nosotros en sacramento de tu cercanía y de tu presencia sanadora.

Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque en tu Hijo has pronunciado la única Palabra que vence toda distancia:

la Palabra que sana al siervo desde lejos, que entra en la casa del sufrimiento y que levanta a los abatidos por la desesperación.

En Él has mostrado que tu poder no está limitado por el espacio, y que tu misericordia no está restringida por la ausencia,

sino que donde se pronuncia la fe, allí tu presencia

salvadora ya está actuando.

Y así, con el centurión que creyó sin ver, con San Cirilo que proclamó el Verbo hecho carne, y con todos los ángeles y santos, te alabamos, diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Con la confianza del centurión, que creyó que una palabra del Señor bastaba para sanar a través de toda distancia, y con corazones fortalecidos por Cristo que nunca está lejos de nosotros,

oremos ahora al Padre como hijos suyos muy amados:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz en nuestros días, para que, fortalecidos por la palabra de tu Hijo que llega a nosotros a través de toda distancia, vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que no estás distante de nuestro sufrimiento, sino que hablas y todo queda sanado, no mires nuestras separaciones de ti o entre nosotros, sino la fe que tú mismo despiertas en nuestros corazones, y concédenos bondadosamente la paz y la unidad de tu reino.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que dice su palabra y todo se cumple, que no solo entra bajo nuestro techo, sino en lo más profundo de nuestra vida.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Hemos recibido no una promesa lejana, sino la Palabra viva que se acerca a nosotros de manera escondida.

Como el centurión, no vemos todo lo que deseamos, y sin embargo somos invitados a confiar en que su palabra basta.

Lo que parecía lejano ahora está presente en nosotros.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que esta santa comunión, Señor, que nos une a Cristo tu Hijo, la Palabra que sana a través de toda distancia, fortalezca nuestra fe y profundice nuestra confianza, para que reconozcamos tu cercanía incluso en aquello que todavía no comprendemos.

Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor, que habla y todo se realiza, que supera toda distancia con su Verbo hecho carne, los bendiga, los proteja y los mantenga siempre cerca de Él, ahora y por siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, confiando en la Palabra que está cerca de ustedes, y vivan con la certeza de que ninguna distancia puede separarlos de su amor.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La Palabra de Cristo no necesita cercanía para ser poderosa—solo fe para acogerla.